

MILENA V. HIDALGO

JUGAR A LAS CASITAS

La presente obra ha ganado el XXXVI PREMIO TIFLOS DE CUENTO, convocado por la ONCE, otorgado por un jurado presidido por D. Andrés Ramos Vázquez, vicepresidido por D. Ángel Luis Gómez Blázquez y D.ª Imelda Fernández Rodríguez, y compuesto por D. Luis Mateo Díez, D. Luis Alberto de Cuenca Prado, D.ª Fanny Rubio Gámez, D.ª María Ángeles Pérez López, D. Ángel Basanta Folgueira, D.ª Care Santos Torres, D. Santos Sanz Villanueva, D. Ángel Luis Prieto de Paula, D.ª Pilar Adón, D. José Ovejero Lafarga, D.ª Aurora Luque Ortiz, D.ª Ángeles Encinar Félix, D.ª Penélope Acero Cayuela, D.ª Laia Salvat Rius, D.ª Marie-Christine del Castillo-Valero y D. Francisco José Maldonado Aguilar, en su calidad de secretario del jurado.



MILENA V. HIDALGO

JUGAR A LAS CASITAS

XXXVI PREMIO TIFLOS DE CUENTO


CASTALIA
EDICIONES

 edhasa



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de  edhasa

Diputación 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Primera edición: junio de 2026

© Ilustración de la cubierta: Milagro Ortiz Valdivia, «Mila», 2026

© de la edición: Milena Virgen Hidalgo Castro, 2026

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2026

ISBN 978-84-9740-957-5

Depósito Legal B 8285-2026

Impreso en Gómez Aparicio, S.L.

Impreso en España



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

Siempre hemos estado jugando
a las casitas y en eso seguimos.
Algunos no entendemos las reglas
del juego, todavía.

A tu imagen y semejanza

¿Recuerdas la primera pieza? Ahora que estás a punto de colocar la última, casi puedes escuchar el ruido sordo de aquel trocito de carne envuelto en sangre que salió de ti como disparado hacia el retrete. Quizá no escuchaste el ruido y eso lo imaginas, pero sí te salpicó las nalgas al caer, y abriste las piernas, tus piernas de diez años temblando por aquel dolor nuevo que llegaba para quedarse; abriste las piernas y lo viste, en el fondo del agua, entre otros puntos rojos que, según te dijeron, indicaban que ya eras una mujer. Te pusiste los guantes de limpiar el baño y la sacaste. Al primer contacto, su calor traspasó la goma y casi la soltaste, pero te pudo la curiosidad. Bajo el chorro del lavamanos se fue enfriando poco a poco y, al quedar limpia, supiste que era un ojo.

Nunca has sabido bien por qué, pero lo colocaste en un envase de cristal con agua, en el fondo del armario de tu cuarto. Lo cambiabas constantemente de sitio porque tu madre lo rebuscaba todo en su afán de orden y pulcritud. ¿Qué le podrías decir sobre aquel ojo que todo lo miraba? Tuviste la tentación de preguntar si les pasaba a las demás, pero Google te aclaró esa duda y entonces llegó el miedo a estar enferma. Pasabas horas eternas buscando sobre malformaciones uterinas y asuntos similares, y no encontraste nada como lo tuyo. Hasta llegaste a creer que quizás habías alucinado por la debilidad y el dolor, pero ahí estaba el ojo para corroborar su existencia

independiente de tu imaginación. Lo escondiste en el trastero de tu difunta abuela, al fondo del patio, y decidiste olvidarlo. Pero, al siguiente mes, cayó al suelo de la ducha de la escuela la segunda pieza, un trozo de carne cuya forma no lograste identificar. Al otro mes, la tercera se chamuscó un poco al sacártela porque era más grande, algo así como un hueso blando, y se había trabado. Cada veintiocho días, puntual, llegaba una nueva pieza que echabas al mismo frasco; luego hubo que cambiarlo por uno más grande, y después buscar uno más, y otro..., por lo que decidiste comprar esas peceras que guardaste bajo la cama al mudarte sola.

Pasaron los años y tan sólo las guardabas, sin mayor interés en su significado. Te hiciste todas las pruebas posibles, y nada fuera de lugar, por lo que la universidad, más tarde el trabajo y los romances..., la vida, relegó aquello a un hecho común, parte del malestar que acompañaba tu menstruación y que no compartirías con nadie, hasta esa noche en que te viste obligada a hacerlo.

Habías salido con el muchacho cosa de un año. Ya dormía más en tu casa que en la suya y empezabas a sentirte cómoda con sus declaraciones de amor. Esa noche, algo vibró bajo la cama y el primero en sentirlo fue él. Se levantó sin avisarte, se agachó y, por lo oscuro que estaba, no pudo ver nada, pero el movimiento seguía. Cuando despertaste, el temblor paró de golpe. Le dijiste que habías tenido una pesadilla y él encendió la luz. Se entretuvo unos minutos con tu resumen del sueño y, sin transición entre un tema y el otro, saltó a mirar debajo de la cama. De un tirón sacó la pecera que estaba más a mano y cayó sentado al ver su contenido.

Lo que le contaste no le cerró la boca. La explicación generaba aún más preguntas que te fue soltando en fila india mientras sacaba las otras peceras para seguir indagando. Pasaron la

madrugada repasando aquel puzle. Y fue entonces cuando se te ocurrió que todas las piezas debían encajar unas con otras. Ahora sobraba el muchacho. Querías que se marchara, pero esperaste a la mañana siguiente.

Las fuiste colocando sobre la cama, en busca de algún sentido que las uniera. Casi como si te escucharan y cumplieran tus deseos, algunas se pegaron entre sí y armaron primero una cabeza, luego un torso, los brazos y la pierna derecha. A todas luces eran las partes de un cuerpo.

El muchacho vino a buscarte un par de veces más, pero no abriste la puerta ni respondiste a sus mensajes. Era preciso poner todas las distancias pertinentes, así que te mudaste a otra ciudad.

A partir de entonces, sólo trabajabas y regresabas a casa para mirar el cuerpo. Cada mes le dabas algún órgano nuevo. Con ayuda de libros de anatomía, ibas sabiendo dónde ponerlos. Pasabas días enteros armando y desarmando, hasta que se pegaban las partes y ya no había modo de separarlas, y entendías que estaban en su lugar.

Destinaste un cuarto para él. Parecía reposar sobre su cama. El único ojo en aquel rostro que cada mes ganaba más forma de persona te miraba como preguntándote qué tal el día, ¿has comido?, ¿y tus padres?, ¿no sería mejor que salieras un poco, que hicieras amigos?; incluso cuestiones más elaboradas como: ¿por qué estoy aquí?, ¿quién soy?, ¿qué planes tiene el universo conmigo?, ¿por qué he venido de esta manera?, ¿estoy vivo?, ¿acaso soy un hombre, una mujer?, ¿por qué todo esto?... Parecía decirlo con sólo mover el ojo en su cuenca, y luego los dos, cuando los tuvo. Al ponerle lengua, pensaste que tal vez podría hablar, pero no fue así, y estuviste llorando varias noches seguidas. Fuiste a la casa de tus padres por un tiempo, pero volviste al expulsar una mano

con sus dedos moviéndose con la ansiedad de quien necesita vivir.

Qué iba a pasar cuando lo completaras. Qué te pasaría cuando terminaras aquella criatura. Quizá nada. Qué tendrías que hacer cuando estuviera todo en su sitio para insuflarle aliento.

Contemplar su desnudez postergaba esas preocupaciones. Era un hombre alto y fuerte, de esos que te cargarían como si fueras una pluma. Comenzaste a fantasear con aquello. Podías sentir las cosquillas en la panza cuando te levantara en vilo. Tenía el ceño medio arrugado, como de quien piensa mucho, de seguro era un conversador inteligente. Un escucha atento. Su pene, aunque flácido, prometía una erección firme y suficiente. Ver sus piernas daban ganas de correr. Y su cuello, de besar. Y su boca, de oler. Su cráneo lampiño hacía unos dibujos como en espiral, así se te antojaban. Entonces buscabas sus ojos para encontrar alguna confirmación a tus fabulaciones. Esos ojos abiertos siempre, llenos de qué ideas y propósitos, aunque ya te creías tan cerca de descubrirlo.

Faltaba un riñón, cuando, por esos azares que no te podrías explicar por mucho análisis médico, estuviste sin menstruar casi un año. Una vez más, todo parecía estar bien. Tan sólo te negabas a sangrar. Hiciste rituales lunares. Cambiaste la dieta cada mes. Tomaste las hierbas más asquerosas. Dejaste que chamanes, sacerdotisas y cuanta autoridad mística hallaste te masajeara el vientre. Probaste todos los trucos y recomendaciones que ibas encontrando en esa ansia que te consumía. El diagnóstico de los especialistas: menopausia precoz. Tú, precisamente tú, cuando ya estabas tan cerca de conseguirlo.

Te encerraste en aquel cuarto, a pensar juntos, a que te dijera la solución, y liberaste los impulsos que habías venido

reprimiendo desde que le viste la cara. Por mucho que lamis-
te y acariciaste, aquel cuerpo no respondía a tu reclamo, pero
estabas tan mojada que lograste meterte su miembro exáni-
me y lo cabalgaste hasta que se te apagaron los sentidos. Por
unos segundos no oliste, la boca te supo a nada y los ojos se
te llenaron de unas lágrimas negras que no dejaban ver. Al
salirse de ti, las sensaciones fueron volviendo poco a poco.
Te acurrucaste a su lado y desapareciste en la penumbra del
sueño.

Un día después, despertaste por el líquido caliente que
brotaba de tu entraña. Quemaba. Con dos dedos sacaste lo
que faltaba. Ir al baño, lavarlo y dejarlo un rato en agua
ocurrió en cámara muy lenta.

Ahora que lo revives, todo gana su ritmo natural. Te miras
en el espejo, estás espantosa. El agua no logra componerte
mucho, pero te sientes limpia. Piensas en usar tu vestido
favorito, pero lo mejor será que te vea tal cual eres. Él está
desnudo también. Recoges el órgano del lavamanos. Pasan
siglos hasta que llegas a la cama. Lo observas en la medida
en que te acercas. Ese cuerpo perfecto, tu obra, para ti. Aca-
ricias su antebrazo al mismo tiempo que vas colocando la
última pieza que se adhiere al resto. Los músculos se contraen,
la piel se estira y lo recubre todo hasta quedar tersa. El abdo-
men se infla y desinfla. Las costillas se abren y cierran. El
cuerpo se sacude como si una corriente interna estuviera a
punto de explotarlo. Te alejas un poco hasta sentarte en la
esquina de la cama.

Te miro entera, ese minúsculo ser que habitas. Debiera estarte agradecido, tal vez, pero yo no he pedido existir. Me miras mirarte como quien espera, y no sé si hablar o dar un manotazo para que despiertes de tus fantasías. Yo no soy parte de ellas.

Me levanto, ahora estás atravesada en medio de la puerta balbuceando algo que sólo tú entiendes, de un empujón te saco del camino y salgo corriendo.

El futuro siempre vuelve

Hablar es una tecnología caducada, tan antigua que sólo se menciona en algún libro ya carcomido por la indiferencia, de esos que, si acaso, se hacen polvo en los archivos arqueológicos. Casi no reconozco lo que hiciste al acercar tu boca a mi oreja y dejar salir ese silbido articulado. Fue un esfuerzo recordar siquiera esa palabra. Lo que no se usa es vacío, va perdiendo hasta el nombre. ¿Cómo habrás aprendido? Nuestras gargantas ya no tienen esa capacidad. Según los textos viejos, si no creces en compañía parlante, enmudeces. Es un don que entra por el oído y va instalándose en las cuerdas vocales, pero ninguna de nosotras tiene eso. Nos comunicamos telepáticamente desde hace más de cuarenta generaciones. He tenido que desempolvar estas lecturas de infancia, en el ático de mi madre, para saber, con algo de certeza, lo que hiciste.

La Historia Escrita dice que fue necesaria la Revolución del Silencio para liberar la mente y poder usarla a plenitud. Dice que, antes de ella, vivíamos en un mundo con demasiados discursos y muy poca voluntad de escucha atenta. Se iba camino a la hecatombe. Dice que frente a la verborrea sin sentido ni utilidad de las autoridades, sordas a los reclamos de la masa, se empezó a gestar un voto de silencio, cada vez más grande. Dice que las plazas empezaron a llenarse de una muchedumbre con la boca cerrada, intentando pensar

al unísono en un mismo rumbo, luego no fueron suficientes las plazas, carreteras, azoteas de edificios, parques... En la Historia Visual hay millones de imágenes donde las ciudades de pronto fueron un brote de gente muda, algunos tapándose la boca con las manos, coordinando sus mentes. Dice la Historia Escrita que los políticos fueron los últimos en callarse, pero que terminaron cediendo a aquel silencio avasallador. Ya nadie más habló. Dice la Conciencia Colectiva que la humanidad parecía ponerse de acuerdo, por primera vez en mucho tiempo, para cambiar la realidad. «Vale más hacer que decir» es el eslogan que te encuentras en los primeros capítulos de nuestras Historias. En esa serenidad que quizá dio el escuchar el pensamiento empezaron a transmitirse, a voluntad, las ideas. Primero, sólo palabras, como carteles que se mandaban a las mentes que estuvieran en un radio de unos cinco metros de distancia. Después fueron imágenes fijas, fotos acompañadas de carteles, como un cómic, hasta que se logró transmitir pequeñas secuencias de videos de lo que sucede en las cabezas y sus alrededores. Y así, de generación en generación, nuestros cuerpos comenzaron a usar la boca sólo para comer, respirar, besarnos, pero no para articular.

Abro y cierro los labios, dejo salir algún sonido que parece ridículo, mientras hojeo estos cadáveres de papel, herencia de la bisabuela de la tatarabuela de mi madre. Aquí en el ático de su cabaña, entre las polillas y el polvo, con una caja de pañuelos al lado, porque no paro de estornudar, sigo buscando pistas que ayuden a entender lo que dijiste. Por lo visto, mi ancestra era una friki del lenguaje. Hay montones de libros, revistas, sus apuntes y algo incluso más raro: grabaciones de audio en un móvil obsoleto que, por esas casualidades que sólo ocurren en la casa de mi madre, aún

funciona. Todo esto tiene siglos. Siento profanar un tesoro. Quizá debería ser más precavida por si algún hongo me fuera a enfermar, pero gana la curiosidad y sigo husmeando en busca de no sé qué precisamente. En un cajón encuentro unos auriculares y pongo el primero de los audios. Dos voces parecen dialogar. No puedo afirmar que lo hagan. Emiten unos ruidos acompasados, con pausas cortas, a veces una voz interrumpe a la otra. No le hallo sentido. Poniendo un poco más de atención podría identificar rasgos femeninos en cómo suenan, pero tampoco estoy muy segura de ello. No estamos acostumbrados a esos desdobles auditivos. Dice la Conciencia Colectiva que antes la música tenía letra y había cantantes, alguien cuyo rol era vocalizar esas canciones. Ahora las voces son un instrumento más. Sus arreglos guturales o nasales propician ese inducir a los estados mentales en que estuvieran los compositores cuando tocaban. No puedo leer y escuchar al mismo tiempo. Me duele la cabeza. Abro la ventana y, abajo, en el jardín, mi madre medita estirando su cuerpo con movimientos estridentes que recuerdan la cara de Marcos la primera vez que te mencionó. Justo estábamos esa tarde, o era de noche, sentados ahí abajo, en la hierba, y él, con muecas de entusiasmo, proyectó tu cara, sonriente, mirándole fijo, como si te quisieras colar ojos adentro, colándote ya. Se conocieron hacía dos semanas en tu fiesta de cumpleaños. Alguien lo llevó de *plus one*, y ese que enseñaba ahora fue el momento en que los presentaban. Tú le besaste las mejillas y te dedicaste a escanearlo entero. Así cada vez que le pasabas por el lado o coincidían en algún pasillo. Me mostró también lo que le enseñaste, cuando por fin estuvieron solos: la imagen de una mujer lamiéndote la entrepierna, y te levantaste la falda para completar la propuesta. Marcos siempre me ha contado sus aventuras, cree que eso fortalece

nuestra relación. Lo cierto es que me sube una rabia sigilosa que se sienta en el cerebro a descansar. Y la bloqueo. No quiero que lo sepa. Le hago algún comentario superficial sobre la chica o chico en cuestión y lo beso.

Quizá si meditara podría concentrarme lo suficiente para entender lo que dijiste, pero cualquier intento de coordinar cuerpo con silencio mental me desmaya, y luego tardo días en recuperar la movilidad de los miembros. Hay muchas otras maneras de conseguirlo, diría mi madre, que ahora besa los dedos de sus pies con la cabeza, mas con sólo verla me traquean todas las vértebras de dolor. Dejo las ventanas abiertas para que entre aire a ver si la alergia cede. Sigo leyendo un rato hasta que ya casi no se puede ver. La bombilla del ático está fundida desde que tengo uso de razón. Dejo todo donde lo he encontrado, todo menos los cuadernos y el teléfono viejo. Junto con los auriculares estaba su cable de recarga. Esto se va conmigo a casa.

Mi madre se pone muy nerviosa al ver lo que estoy guardando en el bolso. Intenta disimular, pero no es buena mintiendo. «Deja eso donde estaba, por favor», su cartel rojo con pinticas blancas me eriza los pelos de la espalda. Le mando una sarta de emoticonos cariñosos que le sacan una media sonrisa, pero insiste en que regrese los cuadernos a su sitio. «¿Por qué?», mi pregunta verde con purpurina naranja aumenta su nerviosismo. «Porque sí, y basta de interrogatorios. Eso no es tuyo. Y punto». Ésa es su frase de terminar las conversaciones; luego de ella, no sirve ningún argumento. Podría jurar que está asustada, no lo entiendo. Finjo que devuelvo las cosas al ático, las escondo entre mi chándal y el jersey. Usar dos tallas más rinde sus frutos.

Doy *play* al segundo audio. Ya estoy dentro del carro y arranco. Dejo atrás a mi madre de pie, quieta en su portal,

que manda una imagen de ella tirando un beso. La guardo para ponerla luego, cuando la extrañe y no tenga tiempo ni paciencia para venir a visitarla. Volver a su casa llena los pulmones como de un aire extra y duele. Quizá sea por verla, siempre sobrecoge. Hoy he venido a rebuscar en el ático, debo admitir que sólo a eso. Y no he encontrado nada revelador. Todo redundará más o menos en esas lecciones de los lejanos años escolares, casi olvidadas. En este audio creo identificar tres voces distintas, al menos una parece de hombre. Es la que más interrumpe, la del ruido más alto. Aunque no comprendo, no me gusta su tono, casi amenazante, o eso parece. Hacia el final, una de las otras voces alza el volumen y éste lo baja, quizás avergonzado. Se apaga el teléfono. Rezo porque tan sólo sea la batería agotada.

Marcos ha hecho la cena. Comemos juntos sin mirarnos de frente. Pasa algunas imágenes de su día en el trabajo, más bien aburrido. No sé por qué no quiero compartir con él lo que hiciste. Creo que no le has hablado a él, todavía. La palabra todavía se escribe en neón rojo con purpurina verde y Marcos levanta los ojos del plato. Le muestro los puentes de la ciudad de mi madre, uno tras otro, cuando la recorría esta mañana, y parece contentarse con esa sugerencia de una nostalgia inexistente. La cena termina con cada uno yendo a fregar su plato, dándonos un beso con más cariño que deseo, y luego a nuestras respectivas habitaciones.

Despierto en medio de la madrugada con las tres voces del último audio sonándose en las sienes. Acababa de soñar con ellos. Les puse cuerpos, caras y unos torpes movimientos de boca cada vez que se les salían los sonidos. A diferencia

de las películas actuales donde se usan subtítulos o imágenes para las conversaciones de los personajes, aquí se expresaban con esos ruidos, y yo me quedaba tiesa de ignorante de lo que fuera que dijese. Antes de despertar con el corazón en la boca, el hombre sacó una pistola no sé de dónde, se disparó y sentí el naciente dolor en su pecho. Me levanto y voy directa a lavarme la cara. Necesito quitarme todo rastro de esa pesadilla. Si duermo con la misma, de seguro regreso al sueño y muero junto con ese señor. Estoy convencida.

Ya más calmada, me siento en el suelo y saco del bolso los apuntes de mi ancestra. Son varios cuadernos muy bien conservados. La escritura de esa señora es impecable. Ya nadie escribe a mano y siento un poco de envidia, más bien como una nostalgia de algo que nunca podría hacer, aunque, si me lo propongo, lo hago, pero me falta paciencia y constancia. La primera página tan sólo anuncia que estás leyendo las notas de la psiquiatra Ana Beltrán. El apellido de esa parte de la familia no lo tuvo ni siquiera mi abuela. Me gusta cómo se escribe. Me pregunto cómo sonará. Dicen algunos antropólogos que antes las palabras se escribían según se pronunciaban. Esto me parece precioso, utilitario y precioso. Otra vez hago el ridículo de mover los labios como vocalizando. Me limito a pasar página y leer.

De un tirón devoro hasta la mitad. Amanece, y ya sé los traumas infantiles de los diez pacientes de los que habla Ana en el primer cuaderno. Empiezo a llamarle Ana como si la conociera de toda la vida y se me antoja que yo tengo sus ojos. Por lo menos, esa intensidad con la que de seguro miraban. Me quedaría perfecto el nombre de Ana.

Cuando por fin coincidimos, Marcos se puso un poco nervioso. Era la primera vez que me presentaba a alguno de sus otros vínculos. Yo le había mentado, le dije que también estaba con alguien y que quizá lo llevaría a la cita, pensando que iba a cancelar, pero no lo hizo, y la mentira creció. Le tuve que enseñar un recuerdo de un romance de hace algunos años, un revolcón de borrachera, y luego inventarle una justificación al amante ausente, porque llegamos al restaurante y no aparecía.

Lo primero que percibí de ti fue el rumor de tus pasos acercándose. Todo en ti suena. Tu sonrisa parecía también retumbar en los oídos. Se me notaba la incomodidad al verte, pero logré brindar imágenes afables y la cena acabó en paz. Antes de irte, Marcos estaba en el baño, acercaste la cara a la mía, moviste la boca y me pusiste esos silabeos en el oído. Se quedó grabado a hierro caliente, pero soy incapaz de reproducirlo, ni siquiera mentalmente. Después te despediste con más besos en las mejillas y otra vez el taconear gracioso sobre el suelo de madera, que parecía desgarrarme por dentro.

No nos hemos vuelto a ver desde entonces y, ahora, mientras espero a que se cuele el café, busco ese susurro en mi memoria. Sé que está ahí, aunque se niegue a salir, tal vez porque no tengo manera de rehacerlo. Hay que saber hablar para que tu yo interno hable o, por lo menos, eso parece. Creo que estoy hurgando en las cosas de mi familia con la esperanza de escuchar algo similar. Marcos se ha ido al trabajo y decido que hoy me quedo en casa. Conecto el teléfono viejo en las bocinas. Los audios son grabaciones de las consultas de Ana. La casa entera se inunda de las voces de

la tercera, sólo dos. He aprendido a reconocer la de ella, la única que se repite. Recuerda a un solo de guitarra española, entre grave y explosiva. Me río de esas asociaciones y presto atención. Esta otra voz debe ser la de Mariana, la cuarta paciente de los apuntes. Una muchacha adormecida por la marihuana y el alcohol, según mi ancestra. Busco matices de embriaguez o más bien los construyo conforme avanza el diálogo. Abro el cuaderno y voy pasando el dedo por las palabras escritas a medida que avanza la conversación. Se acaba y pongo la otra y luego la siguiente. Ruidos y grafemas redundan en un dolor que parece venir de fábrica en el alma del humano. Una pena distinta, pero idéntica en todos. Y me pregunto si nosotros estaremos a salvo por haber resuelto algunas problemáticas sociales, con tantos años que nos separan de esas maneras de relacionarnos y expresarnos. Cada trazo se desdobra al ritmo de los audios que repito una y otra vez, y recreo los posibles movimientos con el diafragma, mis amígdalas, cuerdas vocales, con los labios, para poder pronunciar algo.

Se acaba la batería de nuevo y me doy cuenta de que ha pasado medio día y no he comido nada. Estoy en la misma postura, con la taza de café vacía al lado, sentada en el suelo, con un cuaderno sobre los muslos, apoyada en la pared. Sólo un par de minutos en silencio y ya extraño las voces. Pongo el móvil a cargar y sigo indagando en los demás cuadernos.

Son cinco. Los dos últimos de un material más parecido al sintético que usamos para imprimir ahora. No tienen el nombre de Ana por ninguna parte. La letra es otra, como con prisa por garabatear su contenido. No comprendo casi nada. Sólo que algunas partes tienen fecha de hace cincuenta años. Hacia la mitad cambia la caligrafía. Alguien más debió hacerse con la libreta. El olor de la tinta es distin-

to también, menos dulce, más a alcohol. Esta voy aprendiendo a entenderla.

Parece el diario de la abuela de mi madre. A esa mujer la vi sólo dos veces, yo era muy pequeña, sólo recuerdo sus ojos y sus manos llenas de lunares y con las venas violetas como pintadas sobre la piel. Estos apuntes son de cuando sus veinte. Cuenta noches de juerga y reuniones clandestinas. Hay muchas palabras que no conozco, pero, por lo visto, asistía a una especie de organización secreta de personas parlantes. Describe con tanto placer esas noches enteras de sólo hablar y escuchar a los otros que siento una envidia honda, abrasa en las tripas, sube a la boca y obliga a abrirla, a eructar. Ni siquiera he desayunado, estoy un poco mareada, pero no puedo parar. Aún hay muchas partes ilegibles, tachadas, en abreviaturas, por lo que la parafraseo, completo lo que falta, lo imagino.

En el siguiente cuaderno divaga bajo los efectos de hongos y otros brebajes sobre los oprimidos por el silencio impuesto. Cuenta que muchos podían y querían hablar, y lo que ninguna de nuestras Historias confiesa es que eran perseguidos, encarcelados y les quitaron las cuerdas vocales en contra de su voluntad, como castigo. Denuncia asesinatos y desaparecidos. Menciona el nombre de unas cárceles flotantes en el medio del Atlántico, llenas de aquellos rebeldes. Después suelta unos soliloquios amargos sobre la libertad y sus límites, y acerca del exilio en una tierra oculta a donde planeaba viajar.

Tecleo en la Conciencia Colectiva esos nombres y dice «Acceso Privilegiado». Lo intento con el navegador incógnito y salta una alarma que logro apagar antes de que se enteren los vecinos. Espero que no quede registro de este intento de búsqueda. ¿Qué podría pasar si lo hubiera?

Las entradas del diario de la bisabuela se van haciendo cada vez más irregulares. Párrafos escritos sin ganas, como desde la impotencia, en oraciones cortas, con un mismo sujeto. Lo que se escribe interrumpido por tantos puntos me resulta una bola de espinas atravesada en la garganta. Trago y sigo leyendo. Las fechas son de cuando mi abuela ya había nacido, pero no la menciona más que en una línea: «La niña también puede hablar». Así, sin nombrarla, como con miedo, casi cuidándola. Y tiemblo, aunque yo no tengo esa capacidad; por lo menos, eso creo.

Regresa la negación de mi madre a que sacase los cuadernos de su casa. Hago *zoom* a su cara: los músculos tensos, los labios apretados, el ceño fruncido. Ella que siempre sonrío, tan ligera, tan transparente, y en ese momento era una nube gris sobre sus verdaderas razones para negarme la información, o quizá no la información, pero sí la salida de ella de su escondite. Tal vez lo peligroso no es saber, sino que se sepa que sabes.

Las últimas páginas están arrancadas. Quedan algunas letras en los restos de papel. Los fabulo, pero no sale nada coherente. Una punzada me oprime la boca del estómago. Me levanto muy rápido y no veo nada más.

La cara de Marcos sonrío mientras siento su mano en mi frente. Veo un cartel que pregunta si he vuelto olvidar comer. Respondo con el *gif* de una niña riéndose y tapándose la boca con bochorno. Manda un emoticono con la lengua afuera y el del tipo tapándose la cara con la mano en gesto de hastío. A veces suelta directamente un *puff*, hoy está de buen humor. Me lleva en brazos hasta el sofá y pone música de bailar. No podría moverme ahora mismo, estoy muy débil, se lo pongo en un cartel de bombillos verdes y rojos. Entonces enseña que hoy han almorzado juntos. Te veo sonreírle, con un hela-

do en la mano. Dice que vienes a cenar en casa con mayúsculas, cursiva, subrayado y negrita. Estos retoques en los carteles significan que ocurre algo importante. No tengo energías suficientes para sentir nada más que asco. El hambre me da náuseas, lo sabe.

Trae un batido con pajita. Lo tomo lentamente. Recoge el teléfono y los cuadernos. Manda el emoticono de carita amarilla, el de curioso. Bloqueo su acceso a mis lecturas, no sé bien por qué urge ocultarlas, y cuelgo en neón verde claro: «Asuntos de mi madre». Pone los ojos en blanco y deja las cosas en el apoyabrazos del sofá. Su boca viene a la mía y lo dejo besarme, casi sin responder. En otro momento se hubiese enfadado y mandaría algún video de otras ocasiones en las que no le hago caso. Sus quejas son así: viejas imágenes redundantes de lo que esté ocurriendo. Me gusta que no se enfade, que me enseñe una flor abriéndose en cámara lenta. Esos detalles que sabe me encantan. Tomo el resto del batido y no sé cuándo caigo dormida.

Otra vez el mismo susurro. Abro los ojos y estás sentada en el suelo, a mi lado. Apartas el pelo que cubre mis ojos. «¿Puedes hablar?», me atrevo a mandarte un cartel de purpurina azul celeste. Y vuelves a acercar tu boca a mi oreja, repites los mismos ruidos tan lejos de mi comprensión. Debo estar colorada, porque me pican las mejillas y proyecto una yo con la cara roja, tapándomela por la vergüenza. Sonrías, te levantas y vas hacia la cocina. Marcos nos ha enviado una secuencia de los platos ya servidos sobre la mesa. Nos está llamando a comer.

Los veo de lejos. Él, superarreglado. Tú, impecable. Y yo, en pijama, sin lavarme los dientes ni peinarme. Comienza a subir por las piernas el hormigueo de la rabia, pero bloqueo toda imagen o palabra relacionada. Eso ahora es irrelevante.

Sólo importa saber qué dices y por qué a mí. ¿Serás parte de esa organización de personas parlantes? Finjo una sonrisa, me recojo el pelo y voy a donde ya están sentados, muy animados, compartiéndose *stickers* y videos de caídas graciosas.

No puedo tragar, así que juego un poco con los cubiertos. Ustedes siguen con las imágenes de risa y me limito a mover el tenedor en círculos sobre la hoja del cuchillo. Aprieto los dientes y aísto a Marcos de mis pensamientos. Ya no podrá verlos, y los suyos quedan en un segundo plano. Te miro y vuelve a subir el hormigueo, pero no es la rabia ya conocida contra las conquistas de mi marido. «¿Qué me dijiste?», pongo la pregunta en neón turquesa. Ladeas la cara mientras bloqueas el acceso de Marcos para mostrar el recuerdo de tu boca, acercándose a mi oreja, y salen los subtítulos, por fin: «¿Hacemos un trío?».

La mandíbula casi se me desprende del asombro. Hablar y gastarlo en esas tonterías. Me sobrepongo a la indignación, tengo prioridades, tanto que preguntarte que no sé por dónde empezar. Las ideas se me hacen un nudo fosforescente delante de tu sonrisa cuando se escuchan los primeros golpes de la policía contra la puerta.

La *influencer* que nadie pidió

Con un último esfuerzo logra meterse la alcachofa de la ducha, entera. El cable de alimentación es una raíz colgando entre sus piernas, tenso por el chorro que lo atraviesa, y se deshace en lamidas de agua y sangre tibias, que bajan por los muslos a oscurecer un poco más la mancha en la bañera. Esa que repite todos sus movimientos en la pantalla del teléfono ahora recuerda un poco a la protagonista de aquel *hentai* donde un señor con penes como tentáculos la cosía con sus ocho erecciones por donde podía ir entrándole. Hay casi dos mil *followers* de Ella conectados, sin contar a los otros que siguen entrando en este minuto. La imagen se pierde entre corazoncitos de colores que de tantos hacen uno más grande que explota y casi no dejan ver cómo tiene que apoyarse en la pared para no caerse. Todo le tiembla, pero yo la aguanto. Aguanto el dolor que comienza a escalar de la vagina al estómago y luego al pecho. Todo para que Ella haga morritos, sonría y saque la lengua. Diga que la sexualidad abierta y espontánea es parte de la libertad. Mientras yo imagino un hueco bien profundo bajo la tierra donde acostarme a dormir después de esto. Aunque, después de lo otro, ya nada puede ser peor.

Su último *post* tuvo sólo cien *likes*. Después de lo sucedido, la gente empezaba a prestar atención a su trabajo, miles de respuestas y comentarios a su contenido, a sólo un mes de aquello. Los *haters* se iban a por alguna otra carroña donde meter las uñas y picos. Había que seguir. Por lo visto, no fue suficiente el daño. Que su familia dejara de hablarle. Que su novio decidiera que ya basta de su narcisismo, así le dijo, y Ella me obligó a tragar el llanto. Su obra estaba siendo reconocida, eso era lo importante. Lo demás volvería a su sitio y, si no, la vida le estaba regalando una oportunidad para ser Ella misma; a veces, sólo por esto merece romper con todo.

El pasado tiene la manía de quedarse quieto por un rato. Cuando lo olvidas, viene de sopetón y te empuja hacia el vacío. Ella no lo sabe muy bien, aunque sea la cara que pongo ante las circunstancias. Quizá ni yo misma lo sepa, porque no basta con conocerse, hay que cambiarse la máscara de vez en cuando.

Hubo muchas otras Ellas. Yo no puedo salir al sol, me desmayo. No puedo hablar con nadie, tartamudeo y digo incoherencias que me ganaron burlas de pequeña. No permite mostrarme porque Ellas no lo saben, pero yo soy la que se queda con los destrozos, hace la limpieza y tiene que reconstruir. Aunque, esta vez, Ella es un poco más fuerte que las demás, creo, y ha tenido una idea para salvarnos del olvido.

Cuando salió aquel video, nos quedamos observando las reacciones del mundo, ni siquiera lo hemos visto entero. No es necesario, lo vivimos, nos acordamos de cada tacto, cada movimiento, cada palabra. Esa Ella gustaba de irse de bar en